

## UN EXTRAÑO EN EL CAMINO. Fratelli Tutti, CAP. 2. nn. 56- 86.

(Interior de un cuarto sencillo, en una posada del camino que va de Jerusalén a Jericó. Esa misma tarde un hombre ha traído a otro, herido, desfigurado, agotado en su montura. Lo ha ayudado a bajar y entre el posadero y él lo han acomodado en una sencilla cama. Junto a la cama hay una jarra con agua, de la que de vez en cuando los dos personajes beberán, mientras hablan. El hombre que llevó al herido está sentado en una silla, a su lado. De pronto, el herido despierta, emite unos leves quejidos... y se decide a hablar con el extraño que, en mitad del camino, tuvo misericordia de él).

HERIDO: Esos ojos... esos ojos... tus ojos... ahí están otra vez tus ojos... los que vi al recuperar la conciencia, al borde del camino... Tus ojos. ¿Quién eres? Miras como si leyese dentro de uno. Sé que me dijiste algo, pero no lo recuerdo. Recuerdo tus manos, eso sí. Eran como las manos de Dios. En nuestras sinagogas, los sábados, nos cuentan que Dios hizo al hombre con sus propias manos, metiendo su Espíritu en barro que Dios tomó y modeló como quiso. Las manos de Dios bendicen al barro y al hombre. Yo estaba muerto... eso pensaba. Pero sentí tus manos, palpando mis heridas, echando en ellas algo, un líquido...

SAMARITANO: Eran mi vino y mi aceite, los que llevaba para hacer alguna comida en el camino. (Sonriendo) Me dejaste en ayunas, amigo. (Le ve hacer un gesto de pesar). No te preocupes, no podía hacer otra cosa. Sólo tenía eso a mano para aliviar tus dolores. Lo hice con mucho gusto. Así he cenado el doble (sonrisa).

HERIDO: ¿Por qué paraste al verme herido?

SAMARITANO: ¿Qué otra cosa podía hacer? Por tu estado, por la forma en que estaban tus ropas, supuse que unos bandidos te habían asaltado, te habían herido y te habían dejado allí, al borde del camino, seguramente pensando que te habían matado. ¿Qué sucedió?

HERIDO: Volvía a mi tierra, soy de Jericó, la hermosa ciudad. Había estado unos días negociando en Jerusalén, y volvía contento a casa. En el camino, de repente, aparecieron unos hombres. Aullaban como demonios, me gritaban, me insultaban, golpeaban a mi mula... me fueron moliendo a palos. Agarraron cuanto encontraron en el equipaje y entre mis ropas, me golpearon hasta que caí rendido. Sin duda pensaron que me habían matado. Me dejaron allí, como un cacharro viejo. ¿Por qué te paraste al verme y no pasaste de largo?

SAMARITANO: Vuelves a preguntar. Esto lo hace cualquier persona de buena voluntad. (n 56).

HERIDO: En eso te equivocas. Antes de que llegases tú, llegaron otros. Los oí llegar, paso a paso. Cada vez más cerca, más cerca... pero pasaron de largo. (Ante la cara de asombro del Samaritano) Sí, sí, créeme. No fue un sueño en mi delirio. Los entreví, entre la sangre que nublaba mis ojos... Sé que me vieron, porque sus pasos se alejaron por un camino distinto, dieron en realidad un rodeo para evitar pasar cerca de mí. (n.56). Quizás eso te sorprenda. Pero más te sorprenderá saber quiénes eran: eran personas religiosas. (n. 74). Pude darme cuenta, por sus ropajes, de que uno de ellos era un sacerdote... y luego, más tarde, pasó un levita... (n.56).

SAMARITANO: ¿Cómo pudieron hacer eso? ¿Cómo unas personas religiosas pudieron desentenderse de ti, herido como estabas, quizá muerto?

HERIDO: En mi desesperación, cuando lloraba de impotencia al verlos marcharse, sin poder gritar, sin poder moverme, me hacía yo también esa pregunta. ¿Por qué se van? Me han visto, sé que me han visto. ¿Por qué se van? ¿Es indiferencia, desprecio? ¿Podría ser una distracción, un mirar sin darse realmente cuenta de lo que ven? (n.73). ¿Es posible que mi vida esté en tanto peligro y su mundo no se mezcle con el mío, no entren en mi sufrimiento? Sé que uno puede andar ensimismado en la vida, yo a veces ando así, con las cuentas del negocio en la cabeza. Así no es difícil no escuchar las voces de la gente, aunque grite una multitud. Así uno construye su propio mundo, su propia ciudad, su propio país... como una cosa extraña, diferente, que traes a tu propia ciudad, a tu propio mundo... (n. 73). Pero estos hombres no andaban así. No me lo pareció.

SAMARITANO: Amigo, entiendo lo que dices. Y sé que te extrañas de que una persona religiosa se haya portado así contigo. Pero, en realidad, no es tan extraño. Se puede creer en Dios, se puede incluso adorar a Dios y, no obstante, no vivir como Dios quiere que se viva. Lo sé bien. (n.74). Incluso se podrán sentir cerca de Dios, creerse con más dignidad que los demás (n.74)

HERIDO: Siempre he sabido que no basta con honrar a Dios en el templo, si no lo honro en el hermano, en el hermano que sufre frío o desnudez. (n74). Y, sin embargo... ese cuidado lo hace muchas veces mejor el que no es creyente. Es extraño, suena extraño... pero es así.

SAMARITANO: Esos hombres se fueron, te dejaron. Pero... ¿qué sabes de tus asaltantes? ¿Qué dirías sobre ellos?

HERIDO: Poco hay que hablar sobre ellos. Dan igual sus nombres o sus rasgos. Son como tantos otros en tantos lugares: personas que viven de la violencia, del abuso, abandonando a su suerte a la gente honrada. (n.72).

SAMARITANO: Ellos casi te matan y después los que podían haberte ayudado, según tú, no lo hicieron. Muchos pensarían que por qué habrían de hacerlo, si no tienen responsabilidad alguna sobre la vida de otra persona, no son sus guardianes (n.57). Son esas personas que pasan de largo, de costado... sin preocuparse por las cosas que hay alrededor, hasta que un día algo los golpea directamente. (n. 64). Yo, sin embargo, no podría haber seguido mi camino. Pienso que no puedo hacerle a un hombre lo que no me gustaría que me hicieran a mí. (n. 59). Nuestra vida, amigo, está ligada a la vida de los demás. No es tiempo que pasa, sino tiempo de encuentro.

HERIDO: Eso es. Tiempo de encuentro. Me pregunto... ¿qué fue de tu tiempo, de tu camino, de tus planes? Tu tiempo ha pasado a ser mi tiempo, porque no seguiste adelante, no llegaste al lugar donde ibas, donde quizás te esperaban... has renunciado a tus proyectos... por mí y mi pobre proyecto. (n.64).

SAMARITANO: Veo que no lo acabas de comprender. Amigo, no podía hacer otra cosa. No pararme ante el dolor, ante las heridas, era como convertirme en un salteador más (n.67). Sería un ser duro e insensible que pasa de largo. Sólo asumiendo la fragilidad que mostrabas, tirado al borde del camino, se puede sanar el mundo. Amigo, no podemos dejar a nadie a un costado de la vida. Me alteré al ver tu sufrimiento. Eso es ser hombre.

HERIDO: Con todo, no es fácil pararse ante un herido. ¿A quién no le perturba o asusta el hecho de tener que perder tiempo con los problemas de un extraño? (n.65). Más aún si es un extraño en el camino...

SAMARITANO: Amigo, cada vez que nos ponemos en camino sabemos que podemos encontrarnos a alguien herido; alguien herido, asaltado, víctima del fraude, explotado en el

trabajo, víctima de las mentiras. Pero la opción está en nuestras manos: podemos seguir el camino; pero podemos detenernos y ayudar a levantarse y sanar a esa persona herida. Y hay tantos heridos, amigo... tantos... miles de personas víctimas de los poderes de los que gobiernan y rigen los pueblos, dejando atrás a los débiles (n.71). El mundo realmente muchas veces parece un camino desolado.

HERIDO: Lo es. Es un camino desolado. En el mundo hay mucho fraude, mucho engaño... y demasiado silencio frente a todo eso. Todo parece ayudar a que esto siga siendo así. Todo, todo está mal. Creo realmente que no se puede hacer nada para salvar o mejorar el mundo. (n 75)

SAMARITANO: No, no, amigo. No podemos pensar así. Pensar así solo nos llevará a la desesperanza, al desencanto... así será muy difícil tender la mano con generosidad y solidaridad. (n. 75). Pensando así no me habría detenido esta mañana al verte caído al borde del camino.

HERIDO: ¡Tienes razón, tienes razón! Lo que hoy has hecho por mí es un buen ejemplo de que es posible tender la mano. Pensar como yo he hecho hace un momento es darle la victoria a los salteadores. A los que aguardan en el camino y a los que oprimen y desangran al pueblo, que se apoderan de los recursos y de la capacidad de opinar y pensar. (n.76).

SAMARITANO: Creo que has empezado a recuperarte de tus heridas. Tus palabras se abren a la verdad y a la vida.

HERIDO: Así es. Cuando esté sano y fuerte, viviré cada día de otra manera, como una etapa nueva. He aprendido que todos los hombres podemos ser como tú; y cargar sobre nosotros el dolor de los fracasos, en vez de acentuar el odio y el resentimiento. Espero saber levantar al caído como tus manos me levantaron. Sin embargo, es difícil rehuir la violencia y la mentira. Pero he de procurar servir al bien, como tú has hecho. Que otros, si quieren, busquen el poder y la riqueza acumulada (n. 77).

SAMARITANO: No temas hacerlo así, amigo. Aunque te veas limitado o pobre. Pero piensa que quizás no debemos hacer el bien solos, sino junto a otros. Mira, el hospedero te cuidará hasta que estés bien. Él completará lo que mis fuerzas no pueden hacer, pues he de partir mañana. No te preocupes, le dejaré dos monedas de plata para que no te falte nada (n.56). Busca tú otros que, como nosotros, desechen el mal y la mentira... y que no teman ayudar. (n. 78).

HERIDO: Amigo mío, ¿cómo podré agradecerte tanto bien?

SAMARITANO: No debes preocuparte por eso. No espero gratitud. He actuado conforme a mi conciencia: era mi deber ayudar al hombre herido. Que sea también para ti un deber sagrado atender a cada hombre, a cada mujer, a cada niño y a cada anciano con la mayor proximidad. (n. 79).

HERIDO: Eso procuraré: estar cerca de los demás, ser su prójimo (n.80). Ayudar al que lo necesite, aunque no sea de mi círculo, de mi familia, de mi credo. Sin hacer caso a las barreras que levantan la cultura o la historia. Haré lo que me has enseñado: ser un prójimo de los otros (n. 81).

SAMARITANO: Ahora puedo decírtelo, ya que tu corazón ha hecho un largo camino esta noche: yo soy samaritano. (Ante el gesto de asombro del herido) Sí, ya ves. Un samaritano, un pagano, un impuro... y he sido capaz de hacer el bien. Nunca lo hubieras pensado, ¿verdad? (n.82-83). Esto puede servirnos para no dejarnos engañar por los cuentos de las viejas sobre quién es más o es menos, las barreras históricas, los intereses mezquinos.

HERIDO: Dices bien: mi corazón ha hecho un largo camino esta noche. Desde hoy, todos los extranjeros serán acogidos en él. (n.84). Puesto que un extranjero sanó y salvó mi carne, los extranjeros serán mi carne.

En la noche, hasta el canto del gallo, los dos hombres siguieron hablando, trazando un camino juntos: el judío herido y el samaritano prójimo. Su historia nos recuerda cómo el mismo Cristo dio su vida por nosotros. Sin embargo, hay quien ve en la fe una fuerza para nacionalismos cerrados y violentos, para la xenofobia, el desprecio y el maltrato. Por el contrario, la fe debe reaccionar contra esas tendencias. La enseñanza y la catequesis han de insistir en el sentido social de la existencia; en la fraternidad que emana de la espiritualidad; y en la dignidad de cada persona (n. 85-86).